

The Politics of Memory of the Second World War in Contemporary Serbia.

Collaboration, Resistance and Retribution.

Autora: **Jelena Đureinović**

Editorial: **Routledge: Abingdon, Oxon - Nueva York, 2020**

Reseña bibliográfica: **Matías Figal**

El estudio de las políticas de memoria relativas a los conflictos armados que signaron el siglo XX en el territorio de lo que fue la República Federal Socialista de Yugoslavia, en especial la Segunda Guerra Mundial y las guerras de la década de 1990, en los diferentes Estados que la sucedieron, constituye un tópico que fue y sigue siendo ampliamente abordado en la literatura interesada en este espacio geográfico. Sin embargo, todavía es posible aportar novedades al respecto. Por un lado, debido a la misma dinámica de lo que se investiga: los diversos modos de narrar y/o conmemorar los conflictos no son estáticos, no se establecen de una vez y para siempre, sino que como toda lectura sobre el pasado, se van modificando en relación con distintos factores, por lo que invariablemente serán necesarios nuevos trabajos que capten tales transformaciones. Por otro, porque, pese a lo ya dicho, aún existen aspectos que han recibido menos atención. El reciente libro de Jelena Đureinović (doctora en historia de la Universidad de Giessen) es un aporte en ambas direcciones: primero, porque provee un repaso de largo plazo sobre las maneras que fue revistiendo el recuerdo y la conmemoración de la Segunda Guerra Mundial en Serbia, haciendo hincapié en los últimos 20 años; luego, porque entre las diferentes dimensiones que aborda incluye una aún poco visitada, esto es, la que corresponde a la de las leyes vinculadas con tal conflicto, y el impacto que tienen en la narrativa que se construye sobre el mismo.

A grandes rasgos, el libro explora la revisión radical de la interpretación de la Segunda Guerra Mundial en Serbia, centrándose especialmente en el período posterior a la caída de Slobodan Milošević en el año 2000. Si la conmemoración de la lucha de los partisanos contra los ejércitos de ocupación y los colaboradores domésticos, entre ellos el movimiento nacionalista serbio chetnik,¹ había sido una de las principales fuentes de legitimación de la Yugoslavia socialista, en la política de memoria serbia post-Milošević (lo que no quiere decir que bajo su gobierno no hubieran ya sido permitidas ciertas contra-narrativas) las referencias a dicha Yugoslavia desaparecieron de la esfera pública, los colaboradores del Eje fueron reconvertidos en héroes y surgió un nuevo grupo social de víctimas del terror comunista. La autora apunta que la metamorfosis de los movimientos derrotados en la Segunda Guerra Mundial en víctimas inocentes del comunismo se logra observando a aquella desde la óptica de los juicios, ejecuciones y

¹ Inicialmente resistieron la ocupación del Eje y recibieron apoyo de los Aliados, pero luego privilegiaron su enfrentamiento contra los partisanos, lo que los llevó a colaborar con las fuerzas invasoras.

retribuciones de la posguerra. Así se justifican y/o niegan las actividades de los derrotados, que incluyeron la colaboración con los invasores y la comisión de crímenes de guerra. Los chetniks pasaron a ser vistos como un movimiento nacional antifascista, a la vez que es ignorada la lucha –y la victoria– de los partisanos (y su papel se reduce al de perpetradores de crímenes de guerra que buscaban solo poder político). Estos solo pueden ser una referencia histórica positiva mediante la *etnicización* de la Segunda Guerra, enmarcando su victoria como *serbia*. Así, los prismas entre los que oscilan las políticas de memoria en la Serbia post-Milošević, el anticomunista y el etnonacionalista, se combinan para despojar al movimiento partisano de su ideología comunista y de su dimensión yugoslava y multiétnica, y se facilita una narrativa que iguala a los partisanos y a los chetniks como movimientos antifascistas serbios. De esta manera, las élites políticas incorporan a los partisanos como muestra de que la nación serbia estuvo siempre del *lado correcto* de la historia, pero a la vez no se distancian de la rehabilitación política y legal del movimiento chetnik.

Para abordar esta construcción del *mito chetnik* (con la consecuente deconstrucción del *mito partisano*), Đureinović recurre a distintas dimensiones de análisis (que incluye no solo a iniciativas del Estado, sino también al trabajo de memoria de actores no estatales, que buscan reconocimiento). Aquí se quiere destacar, como ya se mencionó, la relevancia que se le da, en la determinación de las políticas de memoria, a las leyes. A la autora le interesa indagar la manera en que la ley transforma la memoria, por lo cual observa leyes dedicadas a veteranos de guerra o de rehabilitación de individuos que fueron condenados ya que, pese a que no tienen la función de regular la interpretación histórica, sí promueven ciertas narrativas que reflejan los discursos hegemónicos.

El libro consta de 10 capítulos. Los primeros (“Introducción”, “Explorando las políticas de memoria”, “La cultura de memoria yugoslava y su caída”, “La era Milošević”) cumplen la función de explicitar los posicionamientos teóricos y la propuesta analítica, así como de reponer los conocimientos históricos necesarios, antes de abordar lo propiamente particular de esta obra.

En el capítulo 5 (“Políticas de memoria en la Serbia post-Milošević”) se explora específicamente la transformación de la memoria de la Segunda Guerra Mundial y de la Yugoslavia socialista en Serbia desde el año 2000. La coalición heterogénea que llegó al poder solo podía acordar en su oposición a Milošević y en su anticomunismo. Así, las nuevas élites enmarcaron al presidente derrocado solo como comunista, sin criticar los aspectos nacionalistas de su gobierno. La reevaluación del pasado comunista (no solo de Serbia, sino también de Yugoslavia) comenzó inmediatamente a través de varios mecanismos institucionales que aquí se analizan, y los chetniks se convirtieron en un tema central, en tanto movimiento nacional antifascista y víctimas de la violencia comunista (aunque, como se indica apropiadamente, no todos los actores políticos involucrados en la cultura de memoria anticomunista tienen la misma concepción sobre la herencia chetnik). Đureinović recurre también a series de televisión y a exhibiciones de museos para indicar como, en el marco de la elevación de los chetniks a la posición más alta de la jerarquía de víctimas del comunismo, su líder Dragoljub Mihailović se convierte en el símbolo de la victimización de todo el movimiento.²

² Cabe recordar que fue juzgado como traidor y criminal de guerra y ejecutado en 1946.

El capítulo 7 (“Políticas de memoria anticomunistas desde abajo”; luego se volverá al 6) se centra en diversos actores anticomunistas no estatales. Aunque generalmente no ocupan posiciones de poder, pueden recibir apoyos de peso, como el de la iglesia Ortodoxa serbia. Estos distintos grupos están insatisfechos con los cambios respecto a las interpretaciones de la Segunda Guerra y el papel de los chetniks, por ejemplo porque no existen conmemoraciones oficiales dedicadas a las víctimas del comunismo a nivel institucional, y buscan el reconocimiento estatal para sus demandas. Đureinović analiza, entre otras cuestiones, sus posturas políticas y sus prácticas conmemorativas.

Los capítulos 6, 8 y 9 son, para quien escribe, los más ricos del libro. En el 6 (“Desenterrando el pasado”) se aborda el trabajo de dos comisiones establecidas por el Estado para analizar posibles tumbas del período de la posguerra. Una tenía la misión de, en lo posible, hallar los restos de Mihajlović. La otra debía identificar sitios secretos en toda Serbia donde habrían sido enterradas víctimas de los partisanos desde septiembre de 1944. Đureinović describe el funcionamiento de estas comisiones, (caracterizadas por una naturaleza dual, entre oficial e informal y cohesionadas por el anticomunismo de los actores involucrados), y más allá de lo útil que resulta esto para comprender las dinámicas de las políticas de memoria impulsadas por el Estado en Serbia (la autora examina el modo en que las comisiones iluminan la centralidad del movimiento chetnik, y más aún, su encapsulación en la imagen de Mihajlović, así como la naturaleza superficial del interés estatal por otros grupos considerados víctimas del comunismo), es particularmente valioso el análisis de la participación de algunos historiadores del Instituto de Historia Contemporánea de Belgrado como figuras relevantes en ambas comisiones. Considerando la vitalidad de este Instituto y de sus historiadores, cabe destacar la *valentía* de la autora para iniciar un debate ríspido con sus colegas de profesión (porque no caben dudas de que no es indulgente en la evaluación de esta intervención).³

En el capítulo 8 (“Historia, memoria y ley”) la ley se convierte objeto de análisis, lo que ya se señaló como una de las apuestas más peculiares de este trabajo (en tanto suele ser un aspecto poco abordado). En efecto, Đureinović aclara que las leyes fueron un instrumento importante de la política de memoria sancionada por el Estado en Serbia desde el año 2000. Para explicar esto analiza, por un lado, dos leyes de rehabilitación (en 2006 y 2011), que favorecieron a colaboracionistas y criminales de guerra. Es de interés la minuciosidad con la que describe el funcionamiento de los juicios de rehabilitación, que involucran un selectivo enfoque de los documentos y eventos históricos y la participación –nuevamente– de historiadores. La autora concluye que este mecanismo judicial tiene un alto valor simbólico para la comunidad de memoria anticomunista, en tanto estos actores pueden promover en las cortes su interpretación del pasado. Por otro lado, aborda las modificaciones a la Ley de veteranos de guerra en el año 2004. Aquí Đureinović identifica con claridad el modo en que un acto burocrático (de esos “que, en un sentido, no cambian nada, y que, bajo otro aspecto, lo cambian todo”⁴) tiene consecuencias en las maneras de interpretar la historia. La redacción de la ley, que omite, confunde o reescribe términos y hechos históricos, y el otorgamiento a integrantes del movimiento chetnik de los mismos derechos que tenían los partisanos, coloca a ambas fuerzas como participantes de una misma lucha, aunque durante la mayor parte de ella

³ Vale aclarar que al momento en que esto se escribe, en la revista de dicho Instituto no se publicó aún una reseña de este libro.

⁴ P. Bourdieu. *La nobleza de Estado. Educación de elite y espíritu de cuerpo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013, p. 530.

se enfrentaron entre sí, lo que oficializa la narrativa de los dos movimientos antifascistas de Serbia. Ahora bien, este cambio *simbólico* no se tradujo fácilmente en consecuencias *materiales*, ya que, se señala, la implementación de la ley fue obstaculizada por organizaciones de partisanos y, evidentemente, por el desinterés del mismo gobierno.

El capítulo 9 se dedica al proceso que su nombre indica, esto es, la “Rehabilitación de Dragoljub Mihailović”. El líder chetnik fue rehabilitado judicialmente en el año 2015, lo que implicó la anulación de su acusación del año 1946. La autora describe las características del proceso, los actores judiciales, políticos y religiosos involucrados, y (una vez más) la actuación de los historiadores como testigos expertos (aunque, como señala Đureinović, ninguno de los convocados –los nombres vistos en los capítulos previos se repiten– era un experto ni en el juicio a Mihajlović en 1946 en particular, ni en los juicios de posguerra en general). El proceso así se convirtió en otra oportunidad para publicitar la visión de estos historiadores sobre los chetniks como un movimiento legítimo de resistencia (acompañada de un retrato negativo de los partisanos). La autora también explora las protestas frente al proceso y la reacción regional.

El capítulo 10 (“Conclusión”) sistematiza (y reflexiona sobre) lo analizado en los capítulos precedentes. Đureinović afirma que el libro tiene implicancias que van más allá del caso serbio, en tanto su intención es demostrar los múltiples niveles del trabajo de memoria y sus interacciones, así como la heterogeneidad que subyace a la hegemonía mnemónica (cabe señalar que es también uno de los logros del libro mostrar en cada caso la existencia de disputas dentro de cada narrativa). La autora sostiene que el Estado-nación retiene su relevancia en lo que respecta a las políticas de memoria, y argumenta a favor de enfocarse en culturas de memoria particulares que fragmentan la perspectiva global. A la vez, apunta que las tendencias en Serbia no existen aisladas, por lo que el libro es también una comunicación con un contexto más amplio.

De esta manera, es apropiado sostener que, más allá de que el trabajo de Đureinović puede parecer concluyente sobre algunos de los procesos abordados, no deja de ser una intervención consciente en las interminables discusiones sobre las políticas de memoria en la región post-yugoslava que espera tener una respuesta (además, la dinámica política de la zona hará necesario –si no lo hizo ya– que la autora vuelva sobre sus análisis más de una vez).

Para finalizar, el lector de esta reseña permitirá que se le recomiende acompañar la lectura de este libro con la clásica obra de Jasna Dragović-Soso⁵ sobre la construcción del discurso nacionalista en Serbia en la década de 1980 (lógicamente citada por Đureinović en sus capítulos iniciales) y con el reciente trabajo editado por Vjerran Pavlaković y Davor Pauković sobre diferentes aspectos de las políticas de memoria en Croacia.⁶ Se entiende aquí que en diálogo con estas obras el libro de Đureinović se aprovecha mejor.

⁵ J. Dragović-Soso, *Saviours of the Nation. Serbia's Intellectual Opposition and the Revival of Nationalism*, Londres, Hurst, 2002.

⁶ V. Pavlaković y D. Pauković (eds.), *Framing the Nation and Collective Identities. Political Rituals and Cultural Memory of the Twentieth-Century Traumas in Croatia*, Abingdon, Oxon- Nueva York, Routledge, 2019.